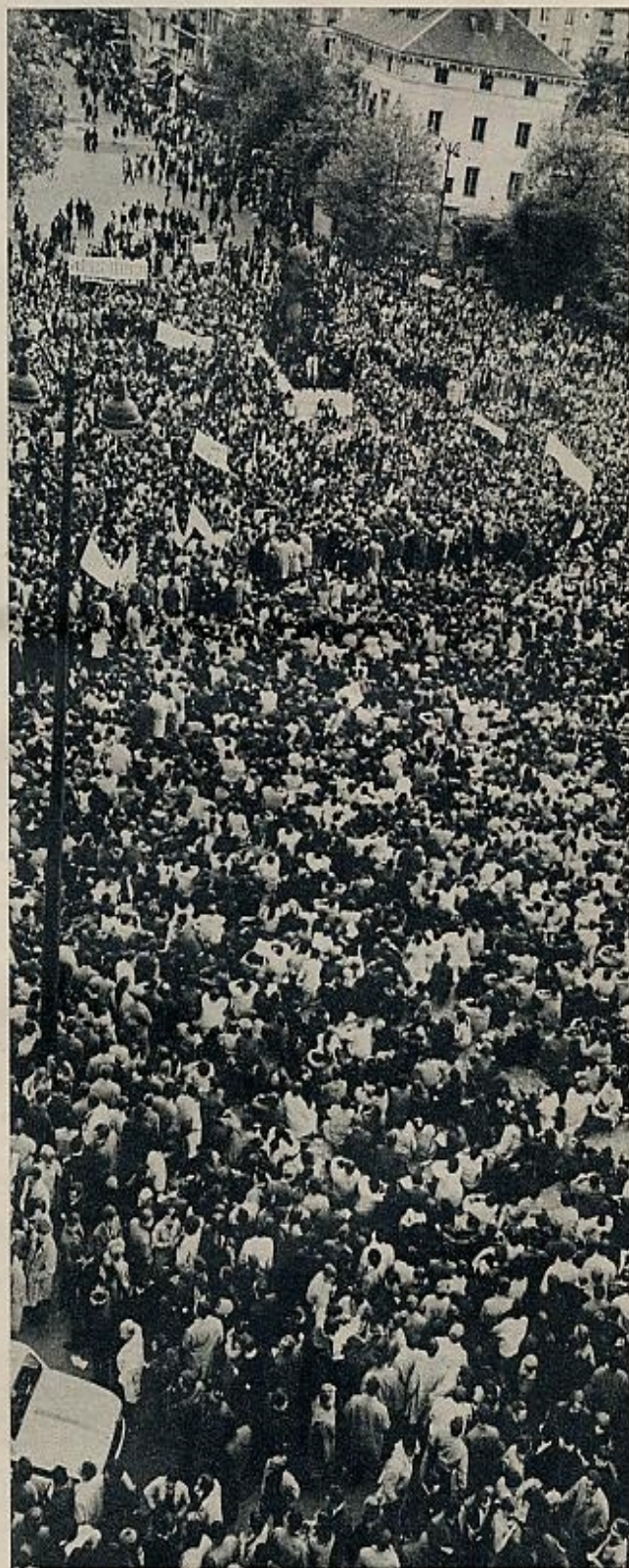


LA ANARQUIA DEL PODER: UN FENOMENO NUEVO

Probablemente el mundo tiende a la anarquía en el peor sentido de la expresión, en el de «guerra de todos contra todos», como decía el filósofo absolutista inglés Hobbes —siglo XVII—, en lo que en cierta forma, se adelantaba a ciertos pensamientos científicos modernos —como el de Wiener— para quienes el segundo principio de la termodinámica y la oscura fuerza de la entropía tienden a actuar en un sentido contrario al de la organización, entendiendo por organización lo que llamamos vida, aunque en un sentido este pensamiento es justamente el contrario: Hobbes creía precisamente que era la esencia de la vida, el hombre «natural», el causante del desorden, mientras Wiener entiende que, al revés, la vida, la «materia orgánica», es la que introduce el orden en el Universo mediante la fuerza contraria a la entropía, mediante la negentropía. No se puede creer hoy en la naturaleza como predeterminante de orden o de desorden, porque sabemos que la naturaleza es mutante y variable, cosa que Hobbes ignoraba en su tiempo; sabemos que la naturaleza influye en el hombre y el hombre en la naturaleza; que los cambios brutales efectuados por el hombre en la naturaleza no dejan de influir continuamente en la existencia de él en su mundo. Deberíamos concluir que la anarquía o disgregación o desorden que se advierten hoy son consecuencia de la forma en que el hombre ha modificado su naturaleza en nuestros tiempos; es decir, en lo que llamamos civilización —y no en el primitivismo, como dice Hobbes, como sostenía Bossuet y como todos ellos leyeron en las primeras líneas de Tucídides—, o con palabras de uso más corriente, en la política y en la sociedad.

Es difícil bajar de estos términos abstractos y conjeturales para tratar de personajes episódicos y palpables como son M. Marcellin y M. Faure, ministros del Interior y de Educación en el gobierno del General de Gaulle, de Mr. Nixon, candidato republicano a la Presidencia de los Estados Unidos, o de los señores Humphrey, McCarthy, McGovern o Maddox, que se disputan la harapienta túnica demócrata del Presidente Johnson. Es difícil, pero es necesario, porque lo que nos está pasando en estos momentos es que existe una anarquía en el poder. En los poderes. Es un fenómeno nuevo. La anarquía del poder consiste probablemente en la tendencia posterior a la guerra mundial pasada de ruptura entre la forma y el fondo en las formas de gobierno; en la necesidad de revestir unos hábitos de libertad, democracia y apertura hacia la pluralidad de pensamientos, puesto que la guerra se había hecho en nombre de estos principios, y la tendencia inevitable a reforzar los poderes ejercidos, bien como fruto de unas circunstancias —rivalidad Este-Oeste con riesgo de guerra—, de unos privilegios o unas normas rígidas —capitalismo o estructuras basales del comunismo— o de una simple tendencia atávica y psicológica del poder a conservar su integridad. La contradicción debía irse mitigando con el paso del tiempo y, sin embargo, se ha acentuado; está en un punto de disgregación. Las masas, o los grupos más activos de las masas, o los más expuestos a sufrir de la contradicción, advierten —en su carne— la diferencia entre política real y política ideal, el abismo entre programas y realizaciones, entre propaganda y hechos. Se sabe ya lo que media entre descolonización, independencia y autodeterminación como términos, y hambre, gobiernos teledirigidos, protección externa a grupos dictatoriales, incitación a la división en los países nuevos. Se sabe lo que media entre la rápida y proclamada votación de derechos civiles y la auténtica segregación de la raza negra en los Estados Unidos. Cuando todas estas cosas se saben y se sufren, cuando se sobrepasan ciertas situaciones-límite, se produce la protesta. Esto no es nuevo. Ocurre hace tiempo. Lo que es nuevo es que, en sus reacciones, el poder los poderes, se producen anárquicamente.

Lo menos que se puede decir de la posición soviética respecto a Checoslovaquia, después de Bratislava, es que es equívoca, que no sanciona claramente la aspiración checa a conjuntar ideal y realidad en un sentido o en otro. Lo menos que se puede decir de las palabras de los ministros del General de Gaulle con respecto a sus crisis universitarias es que es anárquica. Marcellin, ministro del Interior, desentierra el hacha de la guerra para anunciar una represión dura para cualquier agitación; denuncia conspiraciones, habla de insidiosas campañas extranjeras y solemnemente advierte que



Las masas advierten en su carne la diferencia entre política real y política ideal, el abismo entre programas y realizaciones, entre propaganda y hechos. La ruptura entre la forma y el fondo, la contradicción entre la apertura y la tendencia a reforzar el aparato público llevan a la anarquía del poder...

se trata de derribar la república —como si la república fuera algo más que la voluntad de quienes la integran y la dirigen teóricamente hacia donde quieren—, mientras su colega Edgar Faure, desde el ministerio de Educación Nacional, advierte que había razones profundas en los movimientos de mayo y que es preciso cambiar el orden establecido en la Universidad para conseguir el bien común. Inquieta pensar cómo van a sentarse estos dos personajes en un mismo consejo frente al sol poniente del General de Gaulle que les ilumina con sus últimos rayos y que, en sí mismo, no está libre de contradicciones. Hay anarquía profunda en los Estados Unidos. Puede atribuirse este desconcierto del poder a las elecciones, período durante el cual es más necesario que nunca disfrazar la diferencia entre ideal y realidad —pero cuanto más recargado es un disfraz, más evidente resulta—, pero la realidad es que desde hace tiempo la anarquía cunde en ese país, que ha perdido la naturalidad de comportamiento. Hay anarquías menores, pero no menos evidentes, como la de Argelia proclamando que está dispuesta a cumplir sus obligaciones con respecto al avión raptado, al mismo tiempo que se lo guarda, junto con doce personas que viajaban en él; anarquías de pequeños poderes locales, como el de la federación de pilotos que intenta boicotear los aeropuertos argelinos y se encuentra con la disidencia de sus colegas franceses y con la contraofensiva de los pilotos árabes, que intentan boicotear, a su vez, a los boicoteadores, de forma que de todo ello puede resultar una perturbación inmensa del tráfico aéreo sin que los poderes superiores —los gobiernos— corrijan esta situación, sino que, por el contrario, la amparen y la fomenten. Hay anarquías superiores, en los poderes de vocación universal y hasta espiritual, en la ONU, en el Mercado Común, en las alianzas supranacionales —el Pacto de Varsovia, la OTAN—. No es preciso hacer una enumeración detallada: que cada uno se dirija a su periódico habitual, cualquier día, y encontrará el inventario y el estado de la cuestión.

Para Hobbes, la solución era sencilla. El poder absoluto. El «Leviathan», como él decía, interpretando al revés un símbolo que en la Biblia era la personificación del mal absoluto y que él convirtió en un bien absoluto: puesto que en este mundo todos son monstruos, un monstruo superior, el monarca absoluto, les puede tener a todos a raya dentro del orden. La idea está desprestigiada hace tiempo. Lord Acton decía —1887— que «todos los poderes tienden a la corrupción, y el poder absoluto corrompe absolutamente». Hitler, Stalin, Mussolini, fueron la última gran crispación de este ideal del poder absoluto. Las tendencias absolutistas que aparecen en nuestros días, con portavoces como Marcellin, son absolutamente ridículas; muestran en sí la anarquía del poder, la incapacidad del poder. Sin embargo, es una solución que muchos no excluyen, ni aun muchos de quienes son sus enemigos teóricos. Les parece una forma urgente de restablecer el orden. Pero el orden no existe más que como convención: se trata de una relación admitida entre personas y cosas, y en cuanto se varía la forma convencional de considerarlo el orden se convierte en desorden, mientras que el aparente desorden resulta un orden nuevo. Se trata de que cada cosa esté en su sitio; determinar el sitio de cada cosa es una cuestión que depende exclusivamente del punto de vista del observador. Ayer, el orden era que el sol girase en torno a la tierra, y se condenaba como subversivos y disgregadores a quienes lo afirmaban; hoy es irrazonable, desequilibrado —desordenado— quien diga lo contrario. La cuestión está en que la generalidad de los poderes —y en esta generalización caben todos los matices: desde los que están excluidos hasta los que van a la cabeza de la anarquía— oscilan entre el orden establecido y el orden que se trata de establecer, de lo cual resultan medidas arbitrarias, confusas, equívocas. Y desordenadas en sí. Porque si hay una definición válida del desorden es ésta: no aceptar ningún orden existente ni posible. Y los conduce a la situación aberrante de que el poder es un fin en sí mismo, en lugar de un medio.

Ea, probablemente, una crisis pasajera, coyuntural, circunstancial. Pero si se enquistá, si dura, puede ser un mal enormemente grave. El divorcio entre el poder y las sociedades por el camino del absurdo llega a producir —Francia en mayo, Little Rock o Cleveland en agosto— que los sectores de las sociedades combatan entre sí.



LESTER MADDOX

MAS CANDIDATOS DEMOCRATAS

**McGovern: un converso
Maddox: un racista**

El lunes se abre en Chicago —ciudad mal elegida, ciudad de revuelto fondo social y propensa a los disturbios— la convención del partido demócrata. Frente a los ya clásicos Humphrey y McCarthy —más posibilidades para el primero que para el segundo— aparecen unos «outsiders», McGovern y Maddox —más serio aquel que éste—. Mientras, a toda prisa, se tratan de resolver algunos puntos de sospecha de paz en el Vietnam para sumarlos a la plataforma electoral demócrata. Lester Maddox quiere ofrecer una opción de extrema derecha al partido demócrata: si fuese él el elegido —por el momento, no parece tener ninguna posibilidad— sería un Nixon demócrata. Sus acusaciones contra los otros tres candidatos es que no son demócratas, sino «socialistas» —hace unos años hubiera dicho comunista; ahora está desprestigiado el abuso de acusar de comunista a cualquier adversario; son cosas que ya no ocurren más que en Francia—, en cuanto al problema racial, Maddox, gobernador de Georgia, se ha distinguido por sus medidas discriminatorias contra los negros y no se avergüenza de considerarse racista. McGovern, por el contrario, está en el ala liberal del partido demócrata. Su gran baza es la protección que le dispensa la familia Kennedy, que ha hecho ya saber su aprobación, si no directamente, por dos de sus intelectuales familiares: Schlesinger y Salinger. McGovern es un republicano converso al partido demócrata, desgajándose de las tradiciones de su familia y del Estado que representa en el

Senado —Dakota del Sur— e incluso del medio económico del que surge, la agricultura —la América rural es históricamente conservadora frente a la América industrial que es «progresista», en un sentido no muy literal de la palabra—. Los conversos tienden a irse hacia los extremos, y suelen presentar novedades en su pensamiento, puesto que aportan estructuras mentales, originales de su procedencia, a su nueva fe. Así es McGovern. Antes que senador ha sido miembro de la administración Kennedy —director del programa «Viveres para la paz»; antes, congresista republicano. Sus críticas contra la política demócrata en el Vietnam son viejas: puede decirse que es un precursor de las posiciones de McCarthy o de Fullbright. Ha dicho que se trata «del error político y militar más desastroso de la historia de Estados Unidos». Sólo un azar podría ponerle ahora en el camino de la Presidencia. Unos meses antes hubiera tenido una buena salida en la carrera hacia la Casa Blanca; pero unos meses antes aún vivía Kennedy, y McGovern no se hubiese enfrentado a él. Ahora es tarde. La verdadera intención de McGovern puede ser la de ir tomando sitio para futuras campañas —tiene cuarenta y seis años—, o la de aparecer todo lo más como vicepresidente en una candidatura pacifista. Podría equilibrar a Humphrey del peso que ha perdido por la izquierda, al mismo tiempo que daba un equilibrio geográfico a la candidatura.

■ (Reportaje en páginas 26 y 27.)

EXTREMISTAS BLANCOS, EXTREMISTAS NEGROS

Una radicalización de la violencia

Los disturbios de este verano en los centros negros de los Estados Unidos son menos espectaculares que en los años anteriores; sin embargo, son más mortíferos. Su fuerza de propaganda —barrios enteros ardiendo— ha disminuido; algunos observadores creen que es una decisión tomada por los dirigentes revolucionarios negros para evitar el aspecto contraproducente de quienes repudian la violencia y se apartaban de la causa negra. En cambio, se advierte una mayor organización. Los informes de la policía y del

FBI encuentran que se está desarrollando una táctica de guerrillas y de comandos, de una respuesta graduada y táctica a las medidas de seguridad tomadas por los defensores del orden establecido. Utilizando un vocabulario revolucionario, se diría que los movimientos «espontaneistas» se han transformado en una sumisión a la revolución dirigida por un «aparato». Los once muertos de Cleveland son una muestra de lo que puede acontecer en un país donde hay veinte millones de personas —niños, mujeres